



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9639

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 3 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—Un año, 24 id.—Sección de la Península.—Un mes, 1.º y 16 de cada mes.—1.º correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 18 DE DICIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil comercio.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

M. LÉONIE BROTTIN.

Modista de Sombreros de París

Llegará en la próxima semana

PLAZA DEL REY, 16 PRINCIPAL.

Exposición permanente y venta

EN COMISION DE PRODUCTOS

INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—

Azufradores para la vid.—Tapona-

doras.—Ingratadoras.—Bombas.—

Norias.—Muebles para jardín.—Ja-

rrones.—Guano insecticida.—Herra-

mental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Má-

quinas y calderas de vapor.—Bom-

bas.—Vías férreas.—Wagones.—

Tubos.—Tornillos.—Cables.—

Manufacturas de caucho y amianto.—

Crisolos.—Cables.—Barreras.—

Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pi-

las, escaleras y demás manufactu-

ras de mármol.—Sifones, maderos,

tubos y codos de hierro para aguas

y retretes.—Muebles y demás pro-

ductos hidráulicos de mármol artifi-

cial.—Ladrillo hueco, teja plana,

balaustrados, remates y jarrones de

barro cocido.—Papeles pintados.—

Majólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómmodas

—Muebles.—Camales.—Espejos.—

Estufas.—Cajas de caudales.—Báscu-

las, etc., etc.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE

MURCIA

LA SEMANA ANTERIOR.

Empezó entre entusiasmos patrió-

ticos y ha terminado entre desen-

cantos indefinibles. La comenza-

mos enardecidos por los aires que

nos venían del Africa y la hemos

terminado más helados que si estu-

viéramos en las regiones del polo

Aquel avance impetuoso que nos

había de llevar (a nosotros en capi-

ta) al Garagú ó al cabo Tres For-

cas ó al santuario de Maimón Mo-

jatar, lo paró el hermano del Sultán

de Marruecos, dándonos la razón en

todo, y al no nos dio órdenes de Ber-

beria, para endulzarnos el amargor

que nos dejó en la boca la de 2 de

Octubre, nos permitió, no nos tenía a

mano. Pero en cambio, nosotros le

dimos patadas, le dimos de azotar

para quitarle el disgusto que le han

causado los rifles.

Mientras tanto, continuaban las

obras en el campamento, porque, eso

si, este campamento no se puede im-

primirse en un día, pero el hom-

bre propone y Dios dispone y por

eso cuando ya teníamos la obra le-

vantada, a la altura de las espalle-

ras, se ha venido a su mismo bar-

digo, a su mismo paso, y ha echa-

do al suelo como barra caudal.

Yo no sé si estaremos, dejados de

la mano de Dios, pero lo parece.

Pensando en esta cosa, estrepito-

sa del fuerte nuevo, del campamento

de Melilla, que ha resultado con una

fortaleza que no se puede resistir

ni a la aguja, ni a la bala, ni a un

mar de dudas.

¿Qué elementos entraban en la

composición de la obra? ¿De qué

barro se estaba construyendo?

Y, francamente, no se da una

contestación que me satisfaga.

De material no será, porque en

tal caso se lo hubiesen comido los

rifles.

¿De turrón de Gijón...?

¡Cál! Hubiera ocurrido lo mismo.

Entre el coronel de los askaris y el

baja del campo... Bueno está el ba-

ja y buen goloso es! Dado el consu-

mo de azúcar que hacia en la plaza

en tiempo del general Margallo, es

capaz de comerse a Gijón con ha-

bitantes y todo.

¿Sería de greda fina?

Tal vez, porque la greda se re-

blandece con el agua.

En fin, sea de lo que sea, es lo

cierto que Sidi-Maurhach se ha he-

cho una torta y no de pascua.

Quienes han puesto la cara de

pascua al leer la noticia hemos sido

nosotros.

Por fortuna, no se ha perdido to-

do; pues aun queda en pie en los li-

mites del campo de Melilla la can-

tina mercantil, pregonando a los

cuatro vientos del Riff nuestro po-

derio y la bondad del pelcón y la

mojama.

El temporal ha derrumbado el

fuerte y ha respetado la tienda.

¿Se será rifles el temporal?

Lo que es indudable, es, que ha

servido a las mil maravillas los de-

seos de Maimón y Ali el Rubio,

que querían que el fuerte no se le-

vantara y que prosiguiera el comer-

cio de huevos y gallinas.

Lo que más me enterece de ese

asunto, es la sensibilidad del prin-

cipe real llamado fuerte.

Entonces del aplastamiento del

fuerte y dispararle un mensaje de

pésame a Martínez Campos ha sido

todo uno.

Son muy sensibles estos moros.

Todo lo sienten.

Y si no ahí tienen ustedes el Sul-

tán llorando a lágrima viva, la

muerte del general Margallo.

Desde que ha tenido conocimien-

to de la noticia, está que no sabe co-

mo cobrar las contribuciones en

Tafila.

MARIO.

EDITORIAL EXPRESS.

Que yo sepa no hay empresa que lle-

ve este título, pero se de algunas que

debieran llevarlo.

Existen caballeros del muy leoble ra-

mo de editores que dan quince y raya en

cuanto a velocidad a las máquinas más

vertiginosas.

Un día al despertarse alguno de ellos

nota que ha madrugado más que él su

actividad y grita al amanuense:

—Mira, aquí tienes las señas de dos

cráneos, corre veloz y trácelos

muertos ó vivos.

A los se presentan dos tipos que

ofrecen el mismo aspecto de las personas

que se dan por todas partes.

El editor los mira fijamente y al fin

dirigiéndose a uno de ellos exclama con

diplomacia encubierta:

—Responde, la última novela que

has escrito, no ha gustado, por va-

rias causas: la primera, porque era muy

larga.

—No, señor, es una verdad como un

templo.

El otro se sonríe pícaramente.

Pero como a cada novelista por entre-

gas le llega su San Martín, el editor ata-

ja su risita diciendo:

—La de V., en fin, Tortuoso, me

ha hecho perder mucho dinero. Los ne-

gocios van mal. Este año aún no he po-

dido hacerme un mal gabán, y el que

llevo, aunque se cae de viejo, ya me lo

pide mi esposa para hacer pantalones a

los chicos. Es preciso que confeccione-

mos algo nuevo, algo fuerte, que estre-

mezca al público, que le aterrice. El

horro está preparado; conque manos a

la masa.

Los congregados miran en torno suyo,

por si lo dicho es cierto.

—Continúa, señores. Mi portera me

ha dado una gran idea. Los sucesos de

Marruecos han de ser nuestra salvación

ya del gabán de referencia. Así, pues,

desde ahora mismo trabajarán ustedes

en colaboración para la nueva obra, *La*

sultana destripada y el cadáver descuarti-

zado, ó El horrible martirio y muerte

de todos los moros conocidos.

—¿En? ¿qué tal? Me parece que ahora el

mundo es nuestro. Necesito para dentro

de ocho días el primer tomo concluido.

Constará de mil páginas, poca cosa. Con-

que abur, caballeros; a trabajar.

Los vates, como ha dado en llamarse

a esa clase de lechuzos literarios, que ni

a batiéndose llegan, convertidos en máqui-

nas de escribir, cumplen los deseos del

editor con la precipitación exigida.

No se crea que los editores de que ha-

mos hablado son los más veloces. Hay

otros relámpagos.

En Barcelona existen algunos de ellos.

Ha que tiempo pusieron a dos reos en

capilla. El suceso se había ignorado has-

ta el momento crítico. Y cuidado que el

asunto valía la pena de sacar unos cuar-

tos! Hubo quien así lo creyó, y a poco

vocaban los chicos por todas partes:

—El extraordinario de ahora, con los

retratos de los sentenciados a muerte!

En un momento aparecieron en el

mundo sus retratos. ¿Qué diría Daguerre

si viviera?

Los compradores de la hoja murmu-

ran:

—Pues estos señores no tienen cara

de criminales...

Efectivamente; al poco rato se supo

que aquellas *efigies* correspondían a un

actor y a un periodista, entonces muy en

boga.

Y ellos que ignoraban que habían si-

do puestos en capilla!

Pues aún al citado editor le deja en

mantillas otro que ejerce en la actuali-

dad, con bastante éxito.

Cuando se ejecutó a Pallás vendió

más de 20.000 ejemplares de una hoja

con su fotografía, según los vendedores,

a los que había que comprarlos bajo su

palabra, puesto que *ella* algo borrosa

aquella.

Hasta algunos días después ignoró el

público que el retrato impreso era el de

Gayarre, al cual se le habían raspado las

barbas.

Todo esto es verídico, tanto como que

el citado industrial, antes de saber si se

fusilaría ó no al mismo anarquista, ya

tenía un grabado a mano que represen-

taba el acto de su ejecución.

—Pero y si se le perdona?—le pre-

guntamos.

—Para otro servirá. Este grabado re-

presenta la muerte de un bandido fran-

mir el resultado de nuestra campaña

con Marruecos, antes de saberse exacta-

mente el resultado de las conferencias

con Araaf.

Quizá ya está impreso.

Y si no está, no desconfiarse, señores

editores.

Porque hombre prevenido...

JULIO VICTOR TOMAY.

TIJERETAZOS

Dice *El Batiente*:

La nota característica de este go-

bierno.

Es la incertidumbre.

Exacto.

En la cuestión de Melilla han ido ca-

da uno por su lado, el Sr. López Domín-

guez y el Sr. Moret.

Y en la cuestión de tratados de comer-

cio han dado el mismo ejemplo el Sr.

Moret y el Sr. Sagasta.

Por lo demás están los ministros he-

chos una pila... abierta.

Dice un periódico lamentando lo que

lamentamos muchos:

¿Quién no recuerda las causas de

nuestra gloriosa guerra de Africa?

Eso; quien no las recuerda?

Muchos, colegas, muchos.

Hay quien ni siquiera recuerda que

en 1857 tuvimos guerra con los moros.

Pasado mañana llegará a Marruecos

el sultán del imperio del mismo nom-

bre.

Y si no llega no hay verdad en Afri-

ca.

Porque de allí nos viene la noticia.

Sobre si se sabe ó no se sabe donde

está el sultán de Marruecos y por haber

dicho *La Correspondencia* que no se sa-

be donde está, dice un periódico de Se-

villa:

«Vaya! No se empeñe ahora el cole-